

---

## LEY NATURAL.

---

**E**L primero de los filósofos y oradores de la antigua Roma tenia ideas bien sublimes y claras sobre la ley natural cuando decia: „La verdadera ley es la recta razon y la voz de la naturaleza comun á todos los hombres; ley invariable y eterna, que nos prescribe nuestros deberes y nos prohíbe la injusticia; de cuyo imperio no pueden substraernos ni el pueblo ni los magistrados; que no necesita de otro organo ni de otro intérprete que nosotros mismos; que no es diferente en Roma que en Aténas, ni fué diversa en otro tiempo de lo que es hoy: por ella rige y enseña Dios soberanamente á todos los hombres, y él solo es su autor, su árbitro y su vengador. El que no la sigue es enemigo de sí mismo, rebelde á la naturaleza, y halla en su propio corazon el castigo de su crimen aun cuando le fuese posible eludir las penas que pueden imponerle los hombres.” Así se explicaba Ciceron en otro tiempo, en el tercer libro de su *República*. Lactancio que nos ha con-

servado este fragmento (1), le hallaba tan bello que le calificó de casi divino. ¡Qué language en efecto, y qué rasgo tan luminoso en el centro mismo del paganismo! Pero ¡qué borron de ignominia no echa al mismo tiempo sobre todos esos sistemas horribles que confunden el bien y el mal, y hacen de las reglas de las costumbres una cosa puramente arbitraria! Ha sido preciso que hasta en medio de las mas brillantes luces del Cristianismo se hayan visto renovar los monstruosos sistemas, que aun entre los mismos paganos excitaron la indignacion y el desprecio, y que no llegaron á acreditarse entre los griegos y los romanos sino para corromperlo y destruirlo todo. ¡Qué misterios de perversidad podria descubrirnos si quisiese exponer todo lo que ha salido de la pluma de nuestros impíos y desenfrenados escritores acerca de la virtud y de las pasiones, y sobre las reglas de las acciones humanas y los motivos que deben dirigirlas. Baste saber que segun estas doctrinas el vicio y la virtud no tienen fundamento alguno en la naturaleza de las cosas, sino que varian como los usos y los climas; que la moral solamente procede de la politica, así como las leyes y los ver-

---

(1) *Divin. Institut.* Lib. VIII, cap. VIII.

dugos; que las pasiones son las que únicamente producen las grandes acciones; que el que se abandona á ellas tiene la prudencia de ahorrarse el inútil trabajo de combatir las; que si uno es bueno por la mañana y vicioso por la noche, es preciso atribuirlo á la circulacion mas ó menos rápida de la sangre, y que el moralista que dice al disoluto: *sed moderado*, se parece al médico que dijese al enfermo: *no tengais calentura*. Tales son los excesos de los reformadores modernos. ¡Qué de sofismas y de equívocos para desfigurar su perversidad, disfrazar sus horribles consecuencias, y hacer odiosas ó ridículas las máximas eternas, que son la salvaguardia del orden y de la justicia sobre la tierra! Nadie ignora con qué ansia han sido oídas por todas las clases de la sociedad estas falaces doctrinas, y cuáles han sido sus funestos estragos. Nuestra idea, señores, en el dia, es presentaros la verdad desnuda de todos los celages de los sofismas y de engañosas pasiones, y establecer la distincion esencial y primitiva del bien y del mal, sin la cual no hay ni moral, ni leyes, ni sociedad. Al efecto propondré los tres puntos siguientes: primero, hay una ley anterior á todas las convenciones humanas: segundo, esta ley se llama justamente *natural*: tercero: el pri-

mer deber que esta ley nos impone es arreglar nuestras inclinaciones. Tal será el asunto de esta conferencia sobre la ley natural.

Sin embargo de que en las cosas religiosas y morales la razon, la conciencia y el sentimiento se confunden con frecuencia entre sí, ó no se distinguen sino muy ligeramente, vamos á diferenciarlos aquí para dar mas orden y claridad al desenlace de nuestras ideas.

Llamo razon esa luz que nos descubre los principios de las cosas, y las reglas de las costumbres: llamo conciencia el juicio interior por medio del cual el hombre se aprueba ó condena á sí mismo despues de una accion; y designo con el nombre de sentimiento aquellas impresiones é inclinaciones comunes á todos, que se anticipan á la reflexion, y son inherentes á nuestra naturaleza. Así, pues, recurriré al triple testimonio de la conciencia, de la razon y del sentimiento para establecer la diferencia real del bien y del mal, la existencia de una regla primitiva de nuestras acciones, y la de una ley anterior á todo convenio humano.

Empecemos por la razon. Hay una luz que ilumina todos los entendimientos, y que no es invencion del hombre, así como tampoco lo es la que ilumina los cuerpos: mas débil en unos,

mas viva en otros, pero comun á todos; les descubre verdades primitivas que hacen que todos los hombres de todos los países y de todos los tiempos, sin haberse conocido jamas, ni estar ligados por la menor relacion de amistad ó de educacion, se entiendan sobre determinados puntos, y se hallen tan conformes, que tendrian por insensato al que no pensase sobre ellos como el resto del género humano. Los hombres de diferentes siglos y de diferentes regiones del mundo pueden muy bien estar discordes en una multitud de cosas ménos claras; pero existe siempre una luz superior é inevitable que los domina, los subyuga y tiene como encadenados á cierto centro fijo, y unidos por ciertas reglas invariables que se llaman *primeros principios*, aun á pesar de la infinita variedad de sentimientos que excitan en ellos sus pasiones, sus intereses y sus caprichos. Esta luz, dice Fenelon (1), es la que hace que un salvaje del Canadá, por mas idiota que sea, piense acerca de muchas cosas, como pueden haber pensado los filósofos, griegos y romanos, con toda su cencia y sus conocimientos. Ella hace que en el Japon, así como en Francia, se crea que el todo es

(1) *Traité de l'Existence de Dieu*, 1.<sup>a</sup> parte, núm. 36.

mayor que su parte; y por ella han hallado en ciertos puntos los geómetras de la China las mismas verdades que los de Europa, mientras que los pueblos de ambas regiones no se conocian unos á otros. Léjos de haberse sujetado esta luz á los caprichos de los hombres, es al contrario su regla y su guia; es nuestra soberana, y no nuestra esclava; y si es posible sublevarse contra su imperio, jamas lo es destruirle. El hombre compara, discierne y juzga por medio de ella; por consiguiente esta luz es lo que llamamos razon: este es nuestro maestro interior, nuestro destino es ser dóciles á su voz; y en escucharla y seguirla consiste nuestro bien, así como nuestro mal en despreciarla. Es sin duda el hombre un ser racional por su misma naturaleza, é independientemente de todo convenio; siéndonos tan imposible constituir la naturaleza humana á nuestro capricho, como la naturaleza del círculo; porque tan esencial es al hombre ser racional, como al círculo tener sus radios iguales, y por esto él es lo que es: luego la razon es con anterioridad á todo convenio su ley suprema; de modo que solo es bueno siguiéndola, y malo violándola: porque decir que somos buenos ó malos por puro convenio, es decir que solamente por igual motivo somos ra-

cionales, ó en otros términos, que por convenio es hombre el horabre, lo que es el último extremo de la ridiculez.

Profundicemos mas las cosas: ¿qué es lo que me dice la recta razon? Que Dios, este ser soberanamente sabio, no obra al acaso ni por capricho; que en todas sus obras se propone designios dignos de él, y que al criar al hombre y dotarle de ciertas facultades, le destinó á un fin, hácia el cual debe caminar sin intermision. Hay ciertamente leyes para el alma, como las hay para el cuerpo, para el mundo intelectual y para el material. Y cuando en la naturaleza corpórea todo se liga, todo se encadena y camina por reglas admirables, concurriendo todo al orden y á la armonía universal; cuando la tierra y los cielos, los animales y las plantas todos los seres en fin tienen sus puestos señalados, y su destino particular al que se dirigen bajo de la mano poderosa de aquel que gobierna al universo; ¿el hombre solo, abandonado á sí mismo y á sus raros caprichos, habrá sido criado sin objeto ni designio; y la mas noble, la mas perfecta de todas las criaturas del globo dejará de estar sometida á reglas tomadas del fondo mismo de su naturaleza? ¡Qué monstruosidad! Pero si el hombre ha sido criado para un fin, no

está á su arbitrio abandonarle impunemente; su deber es dirigirse á él, y en esto consiste la virtud; así como separarse voluntariamente de él es un desorden en que consiste el vicio. Tan imposible es al hombre dispensarse de seguir el camino que le traza la recta razon, como dispensar al sol de aparecer por el oriente, y ocultarse por el occidente; y así por su misma naturaleza y no por convenio alguno, es el hombre sensible, libre é inteligente. Como sensible se ama á sí mismo, desea su felicidad, y está en el orden natural que procure hacerse dichoso: como libre no es arrastrado por el temor ni por la necesidad, y puede pesar en una balanza fiel los inconvenientes y ventajas de las cosas; es capaz de una elección meditada, y el orden exige que no se precipite ni sea temerario en su conducta: como inteligente puede ver y abrazar la verdad, y es un deber natural no ser indiferente á ella, sino al contrario preferirla á la mentira. Ved aquí deberes derivados de nuestra misma naturaleza y de nuestras facultades, que son consecuencia inevitable, y no de convenio de nuestra cualidad de seres racionales. Ved obligaciones que tienen su origen independiente de toda convencion humana, y de lo que nace la distincion primordial del orden y

del desorden moral, del vicio y de la virtud. ¿Qué mas me dice la recta razon? Me dice que hay verdades especulativas, independientes de los hombres, de las que se originan consecuencias prácticas tan inmutables como sus principios; me dice que existen entre los seres racionales otras que no son arbitrarias, sino esenciales, y á las cuales se ligan las reglas de nuestros deberes. Esto necesita explicacion, y procuraremos dársela tal que ilustre vuestros entendimientos.

Dios, feliz por sí mismo, podia sin duda alguna no haber criado el mundo presente: pudo ciertamente haber dado á luz de una vez todo el género humano por solo un acto de su suprema voluntad, y por último hubiera podido escoger un mundo donde el hombre no estuviese destinado á la vida doméstica y social. Pero suponiendo que el Criador ha realizado lo que es posible, que ha criado al hombre, que ha establecido leyes para la perpetuidad de la especie humana, y que le ha llamado á la sociedad, resultan de este hecho y de este plan de la creacion relaciones entre Dios y el hombre, entre el padre y los hijos, y de las familias entre sí. Existen, dije, relaciones que no han sido establecidas por el hombre, sino que lo estaban

ya, y que no arregla él segun sus caprichos, sino que al contrario deben ser la norma de sus sentimientos y de sus acciones. Da Dios al hombre el ser y la vida; y ved ya una relacion de dependencia del hombre criatura con Dios su criador, y de reconocimiento del hombre que recibe el beneficio con Dios su bienhechor. Este es un lazo y una relacion que el hombre no puede impedir ni destruir, porque no está en su poder variar la naturaleza de las cosas, dejar de ser criatura, ni hacer que Dios no sea su criador; y si es cierto en teoría que Dios le ha dado el ser, es tambien verdad en la práctica que el hombre le debe sentimientos de adoracion y de amor. Establece Dios el poder paternal, y he aquí una relacion fundada en la naturaleza entre el padre y los hijos; y si los padres prodigan á los hijos los cuidados mas tiernos, y muchas veces las mas penosas atenciones, ¿será permitido á los hijos corresponderles con ingratitud? ¿Provendrá acaso de un convenio la obligacion de amar y honrar los hijos á los autores de sus dias? Del mismo modo desde que Dios coloca á los hombres en sociedad, es preciso que existan relaciones entre el señor y sus criados, entre el magistrado y sus gobernados; es preciso ante todas cosas, que un principio de justicia

prescriba la obediencia á la autoridad, y el respeto á las leyes, y debe exigir el orden que unos manden y otros obedezcan.

Yo bien sé que sin la creacion del orden actual del mundo no hubieran sido estas relaciones y deberes mas que posibles, y conocidos solamente por el divino entendimiento. La creacion nos lo ha manifestado y dado á conocer: el hombre los ve, pero no los crea; así como si trazais un círculo haceis palpable la igualdad de sus radios, pero no sois vosotros los que creais esta igualdad, sino que estaba fundada en su naturaleza; por lo que es imposible hacer un círculo cuyos radios sean desiguales. También sé que los hombres pueden ligarse entre sí por leyes que sean obra suya, y variarlas segun los tiempos, los climas y las personas: que infinitas cosas por sí indiferentes pueden dejar de serlo en virtud de una ley que las prohiba: que en lo respectivo á la forma de los gobiernos, á la policía exterior de los estados, legislación y comercio ordinario de la vida, hay sin duda muchas cosas de institucion humana y de puro convenio; pero es claro que todas estas convenciones que se llaman arbitrarias suponen ellas mismas principios anteriores de orden y de justicia que les sirven de base y las hacen obligato-

rias. Así los que quieren que la ley humana sea la única regla del bien y del mal, son los hombres mas ciegos; pues no conocen que no tendría fuerza ni autoridad si no estuviese apoyada en un principio anterior; porque al fin si yo les pregunto porqué debo obedecer las leyes, me dirán que por haber pactado obedecerlas, y que, por mi cualidad de miembro de la sociedad, debo respetar el orden establecido. Pero si pregunto ademas, porqué debo ser fiel á mis compromisos, y de dónde les viene á estos la fuerza de obligarme y ligar mi conciencia, se verán precisados á remontarse á un principio anterior á las leyes humanas, si no quieren rodar por un círculo pueril. Los contratos no son obligatorios en efecto, sino porque existe ántes que ellos un principio de eterna verdad, que dice: serás fiel á tus promesas.

Si las leyes humanas fuesen la única regla del bien y del mal, como se pretende, podrian los hombres trastornar todas las nociones de la moral recibidas universalmente: podrian llamar virtudes lo que han aborrecido siempre como vicios, y denigrar con el nombre de vicios lo que siempre se ha proclamado como virtud; y podrian por último varias las ideas, el language y la conducta, así como se varian las cláusulas de

los contratos, las expresiones de política, y la forma de los vestidos. Pero ¿acaso pueden los legisladores hacer que el asesinato, el perjurio, la traicion, la cobardía y la blasfemia, la ingratitud y la avaricia sean conformes á la razón, y se conviertan en virtudes? Esto sería lo mismo que decir que pueden estipular los pueblos por un convenio solemne que la calentura y la peste dejen de ser males nocivos á la humanidad; y si esto os parece absurdo y reprobado por la razón, confesad que hay acciones malas y criminales por sí mismas, independientemente de los convenios humanos. Ahora conoceréis fácilmente por que Montesquieu ha dicho al principio de su *Espíritu de las leyes* (1), „los seres particulares, inteligentes, pueden tener leyes hechas por ellos; pero tambien las tienen que no son obra suya. Antes que existiesen seres inteligentes, eran posibles: tenían relaciones posibles, y por consecuencia leyes tambien posibles; ántes que se hiciesen leyes había relaciones de justicia posibles, y la existencia de estos seres inteligentes realiza estas leyes, así como la existencia del círculo realiza la igualdad de sus radios: pero decir que no hay nada

(1) Lib. I. Cap. I.

„justo ó injusto, sino lo que mandan ó prohíben las leyes positivas, es decir que ántes que se hubiese hallado el círculo, todos los radios no eran iguales.”

Consultemos ahora la conciencia. Es tal el imperio de la virtud, que no podemos substraernos de él impunemente: ella encuentra en nosotros mismos su vengador, y la conciencia es un tribunal donde la virtud no presenta en vano sus quejas. Su poderosa voz puede muy bien confundirse por algun tiempo en el tumulto de las pasiones que quisieran oprimirla; pero firme en sus pretensiones, alcanza tarde ó temprano la justicia que reclama. Si hay seres tan depravados que la sofoquen enteramente, como los hay á quiénes la avaricia hace sordos á los gritos de la humanidad doliente, es preciso llorar esta excepcion tan extravagante como horrible en vez de tomar de ella ocasion para no considerar la conciencia mas que como una quimera. Hombres sin conciencia dejan de pertenecer á la naturaleza humana; así como los cadáveres dejan de ser hombres. ¡Qué consolador y tambien qué temible es este juez interior que nos aprueba ó nos acusa, nos absuelve ó nos condena! Consolador para el hombre de bien, le hace hallar en una alegría pura y dulce

el premio de sus esfuerzos; y terrible para los malos, los entrega á toda la amargura de los remordimientos. Mas si todo es indiferente, si efectivamente no hay bien ni mal, ¿en qué consiste que el malo se acusa á sí mismo, y es su propio verdugo? ¿Por qué se condena con tanto rigor? ¿Por qué le hace temblar la idea de un Dios vengador, y vuelve contra sí mismo su furor para hacerse infeliz? Los remordimientos suponen un crimen, y el crimen una obligacion y un deber que cumplir.

Examinad, señores, qué es lo que caracteriza lo que llamamos remordimientos. ¿Qué cosa es pues ese incómodo sentimiento? No es ni el dolor que acompaña á la enfermedad, ni la pena que puede causar el infortunio: es una reconvenccion que el hombre se hace á sí mismo, porque conoce que debia obedecer á la ley, y que la ha violado libremente. No procede del temor del descrédito ó de una pena, sino de la confesion que el delincuente se ve forzado á hacer de la voluntaria infraccion de su deber. Si por el contrario habeis hecho un acto de justicia ó de humanidad, nunca podreis arrepentiros de él, aunque hayais sido correspondidos con ingratitud, y os haya atraído odio ó menosprecio. Si, aunque vuestra virtud os condujese al su-

plicio, seríais ciertamente víctimas, pero no os reconoceríais culpables; podríais lamentaros de la injusticia de los hombres, y de la desgracia de vuestra suerte; pero los remordimientos no entrarían jamas en vuestro corazon. Apláudame por el contrario todo el mundo; yo me condenaré á mí mismo si me reconozco culpable; y aunque el vicio me eleve á la cumbre de la gloria, allí subirán conmigo mis remordimientos para despedazar mi corazon. Tal es el imperio de la conciencia sobre la opinion y las convenciones de los hombres. Sean enhorabuena la conciencia y los remordimientos un sentimiento mas ó ménos vivo, mas ó ménos desarrollado, segun el grado de ilustracion ó de conocimiento mas ó ménos exacto de nuestras obligaciones; pero siempre será un error enorme no reconocer en ellos un sentimiento natural al hombre, é independiente de las variaciones del clima, de la educacion y del nacimiento. Ni el secreto, ni la oscuridad, ni el silencio de las leyes, ni el brillo del poder pueden libertar al culpable del agujon vengador de su conciencia; y aunque á veces el crédito haya asegurado la impunidad, jamas ha podido mitigar el sobresalto de aquella. Tiberio y Neron experimentaron remordimientos, y temblaron algunas veces



terrorizados con el recuerdo de sus maldades. La conciencia podrá estar adormecida, pero no muerta; y acaso sus punzadas sean tanto mas agudas y dolorosas, quanto mas profundo haya sido su letargo. Es el despertar del leon que sale del reposo con nuevo vigor para despedazar su presa. En una palabra, haced desaparecer la diferencia primitiva del bien y del mal: haced que todo sea arbitrario, todo resultado de convenios; y desde entónces esa reconvenccion interior que el hombre se hace á sí mismo aun en aquellos casos en que nada tiene que temer de los demas: los remordimientos en fin no serán mas que una absurda quimera de que deberá libertar á su imaginacion vanamente sobresaltada.

Veamos ahora qué nos dice lo que yo llamo sentimiento. Se habla sin cesar de naturaleza; ¿pero dónde la hallareis sino en esas impresiones é inclinaciones universales y uniformes de que los hombres no pueden despojarse, y que mas veloces que el racionio se adelantan á toda reflexion, y dominan á toda la especie humana? Esta es una fuerza oculta por la que nos vemos como forzados á aborrecer ó á amar, á estimar ó á menospreciar ciertas cosas. De ella nace el sentimiento de adoracion á la Divini-

dad, la piedad filial, el amor á la patria, la compasion para con los desgraciados, y la admiracion de las acciones generosas. Si en medio de la diversidad de sus leyes, usos y costumbres han conocido todos los pueblos del mundo que se debe honrar á los padres, que la ingratitud es un vicio, que es preciso ser fiel á sus palabras, que es admirable sufrir con valor la desgracia, que es laudable socorrer al desgraciado, y que nadie debe hacer á otro lo que no quisiera que le hiciesen; ¿quién se atreverá á decir que estas son máximas de puro convenio, y no tomadas de nuestra misma naturaleza? Nunca los hombres, á pesar de su depravacion, han podido dar á las claras al vicio el nombre de virtud; y siempre el vicio, aun en medio de su triunfo, se ha visto obligado á cubrirse con la máscara de una falsa probidad, desesperanzado de adquirirse el aprecio manifestándose á cara descubierta. Nadie hasta ahora ha podido persuadirse á sí mismo ni persuadir á los demas, que es mejor ser embustero que ingénuo, malhechor que benéfico, exaltado que moderado: ¡tan cierto es que hay cosas que repugnan por sí mismas á la naturaleza!

Supongo que fuese posible reunir en un mismo sitio habitantes de todas las partes del mun-

do, de todas edades y de todas condiciones; que fuese posible hablarles en una lengua que todos entendiesen, y que un sofista levantara el grito en medio de esta asamblea general del universo, y dijese: „El género humano ha estado equivocado hasta ahora con respecto al vicio y á la virtud, y ha llegado en fin el tiempo de descubrirle las verdaderas reglas de su conducta. Escuchad y ved lo que solemnemente debe tenerse entendido en todo el mundo. Ningun sentimiento de adoracion se debe á la Divinidad; los hijos están dispensados de amar á sus padres: nadie está obligado á cumplir su palabra: todo ciudadano podrá inocentemente ser traidor á su patria: cada uno deseando que los demas le favorezcan, podrá á su arbitrio hacerles mal.” Pregunto yo: ¿semejante doctrina no seria rechazada al punto por un grito universal de indignacion, y no se enviaria al tal charlatan á predicar su doctrina á los osos y á las panteras? Sí, el corazon se ha hecho para la virtud, como el entendimiento para la verdad, y en cada uno de nosotros existe un amor secreto al bien, lo mismo que un secreto horror al mal: instinto sublime que nos señala nuestras obligaciones, del mismo modo que ciertas sensaciones nos recuerdan nuestras necesidades

físicas. Esta aficion á la virtud es la que nos hace admirar ciertas acciones, asi como la inclinacion á la verdad nos hace amar los caracteres ingenuos, y las almas rectas y sinceras. ¿Qué corazon hay que no se conmueva al recordar un rasgo heroico, que no se interese por la virtud oprimida, y no se llene de indignacion contra su opresor? Cuando se nos refiere que Focion caminando al suplicio mandó á sus hijos olvidar el crimen de su ingrata patria, se apodera de nuestras almas un sentimiento de veneracion que las enagena. Y cuando la antigua Roma aplaudia con entusiasmo esta máxima: Soy hombre, y todo lo que interesa á la humanidad me es propio: ¿era este acaso un grito de convencion dictado por la cábala? No ciertamente: era el grito de la naturaleza humana, la cual hacia hablar al pueblo romano.

Es indudable que este sentido moral, que precediendo á la reflexion nos hace distinguir el bien del mal, puede debilitarse, viciarse, y casi extinguirse alguna vez por la ignorancia, las pasiones inveteradas, y por las impresiones opuestas de antiguos hábitos. Al darnos el Creador ciertas facultades que son como el dote de nuestra naturaleza, nos ha dejado el cuidado de cultivarlas; y del mismo modo que el cuerpo

crece y se fortifica con el alimento y el ejercicio, el alma se desarrolla por medio de la reflexion, de la educacion y de la experiencia. Nacemos con la aptitud necesaria para ilustrarnos y perfeccionarnos, aunque puede acontecer que por falta de cultivo se queden nuestras facultades embotadas en una especie de estupor y de muerte: por tanto el salvaje está mas bien en un estado de degradacion que en un estado conforme á nuestra naturaleza, y es como un árbol naturalmente fecundo, pero que necesita otro cielo y otro temperamento. De este modo se descifra el por qué los pueblos, conformes en ciertos principios, discuerdan sobre sus consecuencias. Y no se alegue, para debilitar la autoridad del género humano, que lo que es criminal en un pueblo es inocente en otro; que se han visto algunas naciones autorizar el robo, el abandono de los hijos, la muerte de los padres en su vejez, los sacrificios de víctimas humanas, y otras muchas crueldades é infamias de todas clases; y que por lo tanto la moral es arbitraria. ¿Desde cuándo acá, señores, deben buscarse los verdaderos sentimientos de la naturaleza racional en sus mismos extravíos, y en los excesos que la deshonoran? ¿Acaso debemos juzgar del aire que respiramos y nos da la

vida por la insalubridad del de algunos climas donde reina el contagio? ¿Calcularemos las fuerzas del cuerpo humano por los vicios de sus órganos? No hay duda, señores, hay esparcidos por todos los pueblos sentimientos de religion, de justicia y de humanidad; y hay ciertas reglas invariables que los unen á todos, aunque ya por pasion, ya por ignorancia, se hayan extraviado en la aplicacion de estos principios comunes. Es horroroso á la verdad que el salvaje apresure la muerte del anciano enfermo ó imposibilitado de seguirle en sus correrías, y que el chino se deshaga de una poblacion excesiva con la muerte de los niños; pero aquel lo hace por un sentimiento de conmiseracion falsamente aplicado, y este por el temor de no poder atender á la subsistencia de sus hijos, que en la realidad le seria mucho mas grato alimentar. Por el mismo error el árabe del desierto y el tártaro conceptúan mas noble y bello vivir del botin, que es conquista suya, que del trabajo, sin que fuera de este caso dejen de ser justos, humanos y benéficos. Haz homenaje á Dios de lo que tienes: he aquí un principio incontestable; pero si decimos que para aplacarle es necesario sacrificarle todo hasta víctimas humanas, vendremos á parar de un principio

verdadero á una consecuencia falsa y horrorosa. Con semejante modo de raciocinar contra la ley natural, y tal manía de querer que la moral no se funde en la naturaleza, porque los hombres están discordes en ciertos puntos, ¿sabéis, señores, adónde iríamos á parar? A un pirronismo universal: no habria verdad alguna, porque no ha habido una sola que no haya sido combatida hasta con la mayor sutileza, ni habria verdadera belleza en las artes ni en las obras del ingenio humano, porque las naciones y los siglos no están acordes sobre el mérito de estas producciones. La corrupcion humana no destruye la moral, así como la falsa metafisica tampoco destruye el sentido comun: hay pues una ley anterior á todo convenio humano, que es lo que acabo de probar. Pero ¿por qué se llama ley natural? He aquí lo que vamos á examinar.

Léjos de nosotros la pueril idea de que hubo un tiempo en que el género humano vivia sin Dios, sin ningun sentimiento religioso ni principio de moral, como si hubiese principiado á existir siendo ateo y enteramente bruto: de que progresivamente y de un modo insensible haya pasado de este estado de ateismo y estupidez al de alguna creencia religiosa, y que por último

haya descubierto á Dios, la vida futura, la Providencia y la moral; así como por repetidos esfuerzos y experiencias multiplicadas ha descubierto la álgebra y la química. El hombre es por naturaleza un ser racional, moral y religioso; y mas bien le hallareis destituido de todo talento, que falto de toda nocion de justicia y de virtud; y por mas que os remonteis á la antigüedad, siempre hallareis á los hombres en posesion de creer algunas máximas de religion y de moral. En este punto la naturaleza ha excedido á la industria: mientras que la débil razon se ha extraviado en fútiles indagaciones sobre esto, ó solamente ha abortado sistemas ridículos, nuestros libros santos nos hacen estar como presentes á la obra de la creacion, nos enseñan cómo han sucedido todas estas cosas, y hasta los niños saben entre nosotros lo que ignoraron los sabios de la antigüedad. El primer hombre salió de las manos del Criador en estado de madurez: no nació niño, ni con la debilidad y la ignorancia de la primera edad: apareció en el mundo hombre formado ya, y gozando desde el primer instante de su existencia de todas las facultades del cuerpo y del alma: empezó á vivir con conocimientos ya formados en su entendimiento, con sentimientos religiosos